

Laura Domingo Agüero

MEMORIA

Premio Calendario (Cuba, 2021)



BETANIA



MEMORIA



Laura Domingo Agüero

MEMORIA

editorial **BETANIA**

Colección BETANIA de Poesía

Colección BETANIA de Poesía
Dirigida por Felipe Lázaro

Portada: *Lucidez*, José Luis Fariñas, técnica mixta, 2021.
Foto: Roberto Salinas

© Laura Domingo Agüero, 2021

Editorial Betania.
Apartado de Correos 50.767
Madrid 28080, España.

E-mail: editorialbetania@gmail.com
Blog EBETANIA: <https://ebetania.wordpress.com>

ISBN.: 978-84-8017-444-2.

Hecho en España / Made in Spain.

Si lloviera esta noche, retirárame
de aquí a mil años.

CÉSAR VALLEJO



Tengo que decir que he llegado aunque este no sea mi
lugar.

Tengo que decir que agradezco el pulmón de la grieta
porque respiro en él cuanto dolió a mis ancestros.

Unos pasos se alejan
hacia el ángulo por donde se desliza cada tarde
la luz
de la ausencia
en el corredor de la caballeriza.

Mi memoria ha seleccionado su modo de sobrevivir
torciéndose en los barrotes de las ventanas
junto al óxido
y el éxodo.

¿Dónde se honra a la desaparición?
Pregunto y miro.
Esta es la juventud de mi país.
Esta es su fiebre y su condena.
Esta es la dimensión de su ruina.

Yo quería ser conducida allí
donde la mujer agriada y su hijo abortó
ante este idioma incomprensible,
donde los hombres cargan sacos pesados como sus lenguas.

El mercurio brota en forma de palabras
y ahora comprendo que las sábanas deben ser expuestas
al Sol

y bajo el Sol, recogerlas.
Un día de estos
en los que se corrompe la materia de los sueños
y el silbato del afilador de cuchillos
extrae lascas a la quietud
que el atormentado deplora.

Un día de estos
nos debe enseñar
que empezando el camino
pega más fuerte el aire sobre las velas
alzadas para cumplir su cometido.

Es lo que existe entre la algarabía y la locura.
Así van los hombres convertidos en una vastedad infértil
sobre la que alguien canta
cuando unas nubes cubren objetos
que poco a poco pierden su valor
como las fotos y los soñadores,
el café y las divorciadas,
como el vinagre, la erudición,
la mitología
y la posteridad.

Hablan las bolsas vacías
atadas a los alambres
que brotan de algunos balcones
donde un jardín invisible afirma lo que se humedece
una y otra vez
mientras las muchachas esperan
y luego introducen en las botellas sus lágrimas
para regar la juventud suicida
o la vejez.

Un recuerdo que se devora a sí mismo.
Tengo miedo de mirarlo.
Tengo miedo de mirarlo, pienso,
tengo miedo de alzar los ojos.

Al menos en el suelo encontraré semillas
o cadáveres
—lo real—.

Al menos,
no siempre logro entrever lo definitivo.
Pero tú estás acá
y todo adquiere la magnitud precisa
justo cuando el acá y el allá
parecen dividirnos.

Silencio.

Debería suceder algo sobre estas azoteas distantes.

Silencio.

Debería torcerse la punta del misterio
para ti, que no sabes vivir sin llagas
y temes ante lo extraordinario, ciego de luz.

Silencio.

He dejado caer las herramientas
y mi lengua hervirá en un pantano de hélices.

Sé que vertí arsénico en mi interior
queriendo aplacar la prístina verdad del doble encierro.
Debería contarte.

Que hoy mi boca habló de eutanasia
y se enroscó después como una serpiente.

Lo sé, lo sé,
más sigilosa es la luna y no se detiene.

¿Por qué insisto si ya sufrí la reducción de los comensales?

Silencio.

Unas manos colocan el pollo y el arroz
sobre la Mesa.

Un trozo y no hay más
—yo siempre quiero más—.
Me agotan la tristeza y el ahorro.
Miro las flores que han crecido en la pared
de la que se desliza un rastro de sangre verde
y pienso en la Esperanza.

Miro a mi Madre abrasada por los residuos
y ella toma su corazón
y lo restaura al alzarse de la Mesa
como mismo hace con las cosas que se rompen
y no echa a la basura.

Jamás.

¡Qué extrañeza en este desolado balcón!
¡Qué extrañeza!
Pero aquí creció mi alma.
Aquí descubrí el hongo de la Pureza
y asomaron frutos en mi garganta.

Y si todo este lugar desapareciera,
¿yo podría olvidar?
Y si todo este lugar desapareciera,
¿podría no ser la que fui
por su pasada existencia?

¿Qué es recordar sino ver en las sombras
y sentir dulzura donde no hay
más que ásperas superficies?

Aún cantan las aves, no mi alegría.

¿Y dónde estabas tú?

¿Dónde estabas cuando yo resistía
con la mano en la frente para no quedar ciega?

Ahora se agitan los lamentos.
¡Qué aburrido salir del carnaval!

Sin embargo, estos son los faros que se yerguen.
Has llegado.

Soy una cosa a la que habría que quitar el polvo
para poderla apreciar.

Mi ser comienza en una edad antigua
poblada por razas que ya no existen —a la vista—
y están
endurecidas por la sal.

Las reconozco, escucho sus verbos precisos
mientras avanzas por el centro del portón.

El anhelo de acariciarme en ti me delata.
No rías.
No rías para hacer el presente más corto.
En verdad eres feo.

Vuelvo a fijarme en tus dientes
y en la misericordia
que posees en abundancia,
cierro después los ojos
al preguntarme por qué
existen redes destinadas a la ternura
y noto que bailas ante mi dolor
que es igual al tuyo.
Bailas porque eres valiente,
porque te has roto en tantos fragmentos
que conservas
el derecho a la densidad.

Entonces me extiendo sobre las superficies alcalinas
y me pregunto qué significa este placer
de los huesos cuyas lágrimas levantan ampollas.

¿Qué significa el placer que en dolor se torna?

¿Qué significa tu presencia
en los intervalos de la contradicción?

¿Qué significa un hombre en la parada de autobús?

Dicen que está loco.

Con tantos muros,
que la tierra me perdone.

Si puede,
y que me perdonen
mi Padre, el balcón,
el verano,
y la cornisa que se va descomponiendo,
el vacío y la lascivia,
la lámpara y el crisantemo,
el retrato y el agua estancada,
y la lucidez,
y algo comenzará a salir
del túnel que no olvida los nombres
y las verdades que brotan después de la lluvia
cuando de pronto sale el Sol
y los edificios más viejos se vienen abajo.

El hombre en la parada de autobús
suspira dentro de mi alma.

Nadie lo entiende.

Algunas tardes esta naturaleza fecunda estratos
duros,
imposibles de socavar
aunque el astigmatismo juegue con mi mente.

Es mi mente, es mi mente
una cosa arrasada por el resplandor.

No sirve de nada arrepentirse.
La creación no se disculpa
por tus piernas cortas o por tu bondad.

Y ya ves, aquí estoy,
respirando un abismo que recorro

con lenta marcha, como establece la tradición:
Aquí, los adornos,
aquí, el mantel bordado por la abuela,
aquí, los zapatos —nunca bajo la cama—.
Aquí, la radio
y la cafetera de colores. Aquí
el rincón donde las caras sonrían,
y un libro, otro y otro libro
fuera de su lugar.

—Ha sido tu culpa.
—¡No es cierto!

Pero una Madre puede venir a hacer regaños
y me sentiré protegida en sus palabras.

Esta es mi memoria: el juego de las niñas
y estancias donde los objetos venían de muy lejos
y había que abrirse paso entre mil historias
para poderlos alcanzar.

A veces camino poseída por esos lugares que marcaron
mi edad
o por ese fulgor congelado—aún más congelado—
donde probé la resina de la decepción.

Lugares en los que cualquiera pudiera buscarme.

Debo estar muy vieja.
Todo ha cambiado.
¿Qué evolución es esta?
¿Qué especie ha quedado atrás?
¿Qué es lo que se multiplica en este mundo y sus cristales
con la rapidez que se instala

en los sitios recónditos la humedad?
No se comprende.
No se comprende de dónde salió esta juventud.
¿Dónde estuvo escondida?

¿En qué útero, se pregunta la tierra, pueden fecundarse
la nieve y el cianuro?
Y de su garganta brota una momia púrpura
que conoce la prisión de la melancolía.

Ahora pasa de nuevo el vendedor de cebollas
para recordarnos que la vida existe
y las hormigas emergen con su laboriosidad inquebrantable:
la fuerza de la manada.

Risas, risas
que escapan para bendecir oídos
donde el Sol quema la madera de 1910
cuyo dolor me concierne.

Si me detengo en la piel de los egos
caeré en la putrefacción.
No puedo. No.
La mariposa no sueña con el gusano de seda
ni los astros reniegan su posición en el cielo
cuando desciende sobre un día cualquiera
el vértigo.

Si las cosas han llegado hasta acá
es porque así lo hemos querido,
la flor furiosa y el jaguar no se transforman para morir.

¿Dónde están los estallidos de espuma?

No quiero alas de serenidad.
No quiero misericordia ni pobreza.
No quiero violines ni instantáneas.
Sé que están amordazados los testigos.
No quiero testigos, ni tierra desgastada, ni llanto:
La vida dentro de la vida, es.
Y somos todos como la sombra
en sus múltiples ramificaciones.
Somos esta multitud que poco a poco
se ha adelgazado hasta hacerse un esqueleto
el sitio donde antes respiraba mi sangre y ahora existe
una vastedad.

No me queda más que pedir al árbol
nacido a los pies de mi puerta
que entremos juntos en la nueva realidad de las cenizas.

Y tú colocas la confianza en mí. Escucho
un eco en mis entrañas, son las aves del mediodía
que saben balancearse en el cordel,
que admiten la soledad y no pretenden un imperio.
Tampoco saben ahorcarse a sí mismas.

No obstante, debo decir
que cuando vivimos en los símbolos
cada rostro fue pródigo en las iluminaciones.

Me pregunto a dónde se han marchado esos rostros
y observo el tuyo
que avanza con el paso perfecto del orgullo
porque no existe mayor milagro
que la piel como un mapa de Pureza,
o el olor de la tierra entre las uñas,
o el musgo en los ladrillos al descubierto.

Todo eso está en tu fisonomía
—y ciertas marcas de acné—.

Hago una aclaración:

El tiempo no reafirma imágenes pretéritas
o nos vuelve sordos de no escuchar
cuando creemos que el presente está lleno de miedo.
Está lleno de miedo el corazón que teme a la vejez
y al amor.

Yo quiero depositar mi amor
en un sitio colmado de futuros, en la ventana más alta,
allí, encima de la espuma y de las decisiones,
en la ceguera, en el Sur que es más que Sur.

Quiero palpar los relieves de la verdad
sobre tu cara. Quiero ver el deseo y el coraje,
y todo lo que comenzará a escasear
entre las lágrimas de los mortales
—allí no te encontraré—,
quizás en la córnea que gira
para entrar en los secretos
que hemos inventado.
Nuestras danzas acuáticas tan fugaces.

A veces pega el viento
contra habitaciones muy limpias
en las que entro cada mañana y cada noche.

Sé que hay sortilegios y engaños.
Pero seré fiel
pues nunca podré estar tan lejos
como lo está de nosotros el olvido.

Por eso, soy parte del balcón,
del muro
y del sillón que gime
cuando debe trabajar.

De la forma en que alternan su ausencia
el café y el trigo,
el papel higiénico,
las lentejas y el chorizo,
el vinagre y las especias,
el aceite y el desodorante,
el champú y los taxis,
el invierno con su mágico rigor,
las flores sin mensaje,
los anuncios lumínicos
el silencio y la carne,
sobre todo, la carne
como pergamino en el que debíamos escribir.

Vengan los que quieran ver.
Les pido que se acerquen.
Si quieren venir, vengan.
Siéntense en medio de los escombros.
Pero no como animales de rapiña
pues hay bestias prehistóricas que se levantan
cuando escuchan la señal.

Vengan con la dulzura y las antorchas en alto
pues este es un país cuya dignidad excede la contradicción.

Pero ha habido una ruptura
que fundó el rencor
y un ansia que no llega a ningún sitio.
Por eso, si quieres, muéstrame la escarcha, Invierno,

muéstrame las ramas despobladas,
la inmovilidad.
Muéstrame la agonía del canto agudo.
¿No te atreves?
Mejor,
porque no esperaré para ajustar cuentas
—eso sería muy fácil
y la condena debe encontrarse en plena calma—.

No te atreves y a nadie le importa.
¿Qué razón?
La vida.

No es Dios ni piedad
lo que se escucha
sino un átomo como un sacramento,
el cáliz que vierten los vagabundos.

Así es la Justicia y está antes de la Prosperidad.
Las mujeres vienen por el corredor
de las infinitas transformaciones
y hablan mucho,
por suerte —digo—,
o desapareceríamos.

Yo iba en medio de esa multitud—sin saberlo—
cuando los tiempos de mis padres
se hundían bajo el humo,
¿y de los sueños quemados por las marchas?:
Nada.
Un misterio ha sido esta desaparición.

Acuérdate.
Veo un avión

y otro
sobre las láminas que me protegen.

¿Quién anda ahí?, pregunto.

¿Quién anda ahí?, insisto.

¿Sobre las blancas piedras?

—Así de sacro es el altar

donde espera una vasija lustrada para beber el té—.

No tomamos té, nuestro ritual es más breve y rotundo.

¿Conoces el sabor de la sangre,

su calidez y espesura, su borboteo

de palabras que llegan

después de haber hecho un largo viaje?

Regreso a imágenes que se elevan al dorso del agua.

Vuelvo al Sol y a la alegría.

—Nada puede estar muy clausurado—dicen.

Pero sé que esto es fruto de la exaltación

porque yo he odiado el alarido

que llegaba a la hora de la lectura,

y muchas veces salí para imponer silencio

como si mi posición condujera

a la Salvación de nuestra especie.

Luego bebí mis actos en las tardes plateadas

y recordé tu estatura.

Un hombre debía medir más de 1.65, tener barba

y una mano inmensa para el fusil,

y otra para menesteres cotidianos

—nunca limpiar el suelo—.

Eso dictaba la ley

y ahora estos son los leños que arden

cuando afuera nieva.

Quien sienta curiosidad, que se acerque.

¿Por qué te has quedado con esa expresión de burla
entre tu rostro y el hollín?

Eres como algún dios nocturno.

Tu nombre ha de ser terrible.

Prepárate, que aparecerán con picos y palas
porque nadie sabe lo que habita en ti.

Pero yo vengo de la pobreza como un don
y mi Salvación no es solo mía, ni el agua de la tierra,
ni la fe de los desmemoriados,
ni el olor a cítrico.

Aquí la Voluntad excede los calificativos.
Porque queda una nación,
y sus costumbres
desfigurando las palabras:

Decir espejo es caer en la nata de días sin calendario
en los que solo la luz se atreve a realizar su recorrido.

Decir luz es ahogarse en la extrañeza
de las flores navegantes
y hablar de la navegación es una apuesta
por la clausura de tu estirpe.
Decir fatiga es la incógnita de los hombres
que pasan las tardes en el portal
donde decir Sol y brisas de verano es su único sustento.

Decir soledad es la huella incomprensible
de los gorriones en el cielo.

Y yo me quedo mirando esa soledad.
Yo me quedo mirando esa soledad
porque creo en la luz diurna
y en ti.

No me importa que todo adquiriera la forma de un
carapacho
de tortuga en una pared.

Decir pared es pensar en el sitio que espolvorea
las losas del pavimento.

Decir dulzura es alzar las reliquias que esplenden
bajo las desapariciones.
Decir virtud es caer en una membrana incorruptible.

Decir, Madre, mira en el centro de mis clavículas
para poder
regresar a la fe después de las rechazos.

Decir, distancia
y volver a mis genes,
no para consolarme
una y otra vez, sino porque no existe.

Este domingo agradezco el extraño pulmón de la grieta.
Y quizás dejo de sufrir.

Ahora no soy la que habla,
sino un caminante en el desierto,
la constelación que guía a todos los hombres
como si fueran uno.
La Esperanza, que ha colmado tu presencia,
la tuya,
que admiro como una negación del tiempo.

Yo he muerto,
alguien tomó por asalto este trozo de cabeza
digno de ser vivido
y arrebató una de mis manos, la más inagotable.
Han abierto de par en par mis mejillas,
han cercenado mi lengua.
Pero debo regar las flores
porque era dulce la hora de lo fortuito
y era dulce también no poder hablarte a causa de la lluvia.

Hoy he vuelto para que una nación nos acompañe.

¿Pensaste que bajaría las armas?

Aunque quisiera, no podría.
Yo convalezco en la piedra fundacional
donde fuiste a buscarme.
Acertadamente
pues sabes que no me reduzco ni imploro
la piedad de los sobrevivientes.
—No será esa mi misión—.
Así dicen el arrecife
y tu chaqueta abandonada al borde de las cenizas.

La libertad está ante mí
como si hubiera corrido
mucho tiempo.

Inspira un omóplato
y el relámpago parte en dos mi horizonte.

El sueño se esfuma
dejando atrás el cáliz de lo mítico
en las cercanías al lavadero comunal

convertido en un depositario de cosas que avergüenzan.

Lo saben los arlequines y los títeres
que hablan a través de ciertas voces.
Ahora que el entorno es palpable
y los sentimientos emergen por la falta de acción.

Entonces, mi Padre me ofrece su mano
para subir a un taxi
y sé que mi identidad no es un ácido
que danza sobre la ternura.

Es ligero el corazón cuando se ha vaciado de inutilidades
y el triunfo se advierte en sus formas más simples.

Estoy viva. No finjo.
Existo para que tú no mueras
en mí.
Para que no sea ilusión el agujero
donde está plantada la semilla.

¡Qué glorioso lo que se balancea por no caer!
No es caer, lejanía, sino ausencia de ti mismo
pensar que hay un modo de medir
el filo de los instrumentos más costosos.

Es cierto, debo admitirlo,
allí te salvas
y yo.

Es por todos sabido.
Mantente lejos para poderte amar
y mantente
cerca de mi memoria.

Por favor.

Resulta inadmisibile que los colores desaparezcan
bajo la intensa luz.

Yo no quiero esa luz que aniquila
ni el idioma de las amonestaciones.

¿Sabes dónde debo poner mi corazón?
En el centro de las estrellas, con toda seguridad,
en las legumbres,
en el sitio de las confesiones
—que se rellenan con barro—
y en los que no quieren, como yo,
oír hablar de la paciencia.

Recuesto un poco la barbilla sobre los argumentos
y eres genial, porque callas
cuando lo das todo.

¡Esta epopeya es tuya!

Yo admito que soy parte de una mentira.
Nunca me interesaron las verdades
del baño antes del almuerzo,
del aceite sin agua en el sartén para evitar quemaduras,
de la tormenta que precede a la calma,
de los proverbios que nacen en las bocas lampiñas,
de la opacidad como refugio
y del concierto que entablan los asuntos irremediables.

Es la ley: Sucumbir o estar loco.

Pero mi verdad ha nacido en las palabras.

Y sé que debo darme prisa cuando la naturaleza
de una ciudad calla
y brotan sonidos artificiales: el aliento de la ira.

No existe la ira entre nosotros.
No existirá
tampoco la indiferencia.

Pero la verdad también surge
de la cama al balcón, del balcón a la calle,
de la calle a la rutina
—veinte pasos hasta la farmacia,
cinco para llegar a la bodega—,
y de la rutina a la felicidad.

Me sorprende que la felicidad persista
aunque las huellas abandonen la playa.

Las imágenes en sepia están en el recibidor
donde nos detenemos
cuando advertimos el polvo.
Allí algo se condensa,
y acá, otra vez.
Tu sonrisa es anterior a todas las creaciones
y aniquila lo que se estanca en los humedales.

Tu sonrisa habita en mi corazón
y es el fundamento de esta democracia.

Quizás exagero
al decir que me he escondido en la vergüenza
y mi Padre desaparece a través del portón
con la basura
porque hay cosas que deben estar lejos de casa.

Eso, y la confusión,
la tierra abierta bajo nuestros pies.

No hay herida que no cierre con la muerte.
Solo es cuestión de alcanzar el equilibrio
para que la paz incendie las ventanas y las puertas
abiertas
y el dolor se vuelva blando
y corra como el agua
en una línea irregular a través de la calle.

Un sinsonte bebe de este prodigio.
Noto su Voluntad y quisiera asomarme
al centro de su alma.

El miedo es nuestra pasión más recóndita.

—¿Recuerdas?

Vamos. Yo te espero.

Están tus partículas
sobre la Mesa a la que nunca volvimos
para fijarle las patas.

Y las cenizas no han perdido la forma exacta del cilindro
porque se niegan a abandonar la imagen
de las cosas que existen
al borde de mi biblioteca,
como la taza
lista para esas tardes con horas de más.

No siento sino la marea que asciende
y devora los restos.

Me dejan lazos de dolor las orquídeas
y sé que las palabras no mueren en los oídos,
por eso las comadritas resuenan
con los cambios de estación.

Y evitan las preguntas,
el quinqué,
la bañera y el cubo,
el tocadiscos y el puerto imaginado,
y la bandeja de plata
víctima de la oxidación.

No hay muerte en los lugares que nos han pertenecido.

Abro la puerta y entra el Sol,
la cháchara, el tropelaje
de los niños, la carreta con ajos y guayabas,
el viento y los gatos,
una pobreza sin nombre,
y algo sigue incompleto.
Es lo que queda,
las manos inflamadas de mi Madre
que cuecen el arroz.

Esta es mi patria.
Porque solo es hogar lo sagrado
aunque los incrédulos lloren la inutilidad de las moscas.

Si mis orquídeas conocieran el invierno,
tendría que sacrificarlas.

No somos intercambiables, las orquídeas y yo,
sin embargo, he visto la resequedad en los árboles.
He visto las casas donde solo la imaginación encuentra

vida

y he visto salir de ellas un humo que dice:
—No dormirás.

He visto también la despedida del Sol
cuando es peor que todas las despedidas.

Y sobreviví.

Leí en las láminas empañadas los bocetos de algo
indestructible.

Y esta fue mi Justicia.

Nada puede quedar atrás.
Ni hojas secas ni crepúsculos,
ni la azotea,
ni las noches cálidas,
ni el vendedor de frutas
que pega sus alas en la fe que se vacía
para volverla a rellenar.

Yo me siento a contemplarlo
y emergen un país
y el salitre,
y mi niñez en las orillas,
y las blancas, las blanquísimas rocas
que son faldas de mi patria.

Son vanas las nubes en su afán de ensombrecernos
y nadie les teme
porque la amargura no ata,
ni sirve la autocompasión
frente a los que cantan el dogma
con los muslos apretados de mentiras.

Por eso, para ver, hundo mis ojos en las cavidades
que a otros estremecen
y surge este país entre helechos y cintas rojas.
Y también surgen las sabandijas que se nutren de él,
y de todo lo que se arrastra para sobrevivir.

Tú no alcanzas a verlos
porque solo descienes para atrapar piezas valiosas.
Porque no hay guerra que resquebraje
el metal de tu bienaventuranza.

Silencio.

Habla el follaje de horas que se han tupido
para custodiar una sola mariposa.

Silencio.

Estas multitudes que se coagulan en mis vísceras
abrirán surcos
y yo me volveré pequeña entre las flores
para vencer a la contradicción.

Coloco mi fe entre las manos de mi Madre,
sobre las tejas francesas,
y pienso en abrazos al mirar los niños
que regresan con el uniforme
quince días atrás.

No existe el tiempo
ni su implacable ámbito,
y las manos de mi Madre no saben llorar
cuando se entregan
a la alquimia de arreglar un plato
antes del duelo requerido.

—¡Ya está!

El plato jadea aún,
y los circunloquios del reloj.

¿Por qué solo aspiramos a enterrar banderas?
¿Por qué nuestro cuerpo es abstracción
y luego, estorbo?

¿Por qué nacemos para aprender a perder?

Así, sin respuestas, llega la noche, que avanza temprano
en la memoria de mi boca.

—Y es hermoso.

Digo siempre que entro en la oscuridad
porque sé del alba que me espera.

Hubo un tiempo en que la noche era una mordaza
bajo la cual resistir
mientras siete espejos reflejaban huesos torcidos.

La noche iniciaba lo mítico.

Y la Paz estaba en aceptar su fragilidad.

Ahora mi Paz está en aceptar
que la noche pueda ser distinta.

Debo elegir entre los talismanes
y las flechas,
pero sé que nunca acabará el verano.
Aquí,
algo es constante.

No sé si he hablado de la verdad.

La verdad no existe
—solo—
en los días vitales
ni en las uñas torcidas
ronda la denuncia.
La verdad está en la reconstrucción,
y en los corpúsculos que superan las transmutaciones.

Esta mañana cae la lluvia
sobre el espejo y el sofá
y algunas lozas
a pesar de que hemos logrado alejar la atención.
Cae la lluvia sobre el árbol de la acera
y los tanques,
los balcones,
las calles, la perseverancia
y todo lo que ha sido abandonado
en busca de la Salvación.

Yo debería recordar siempre esa lluvia,
su quejido metálico contra el cristal.

Debería recordar que los signos mudan de significado.

Pero meses enteros se pierden.
Cosas que al año siguiente deseaban morir otra vez
y había que restaurarlas
mientras el hígado de mi Padre sufría
irremediabilmente.

Yo guardo todo esto en el corazón.
Porque nací con el sacrificio
como un depósito de nuestra identidad
y cuando se agotaban las sábanas que protegían

el patrimonio,
me ponía bajo la gota
para que mi cuerpo fuese la ofrenda requerida.

Es lo que me han deparado las horas.

A veces, de pronto, estas lluvias se detienen.
Y del cielo llega un resplandor tan locuaz que todos
callamos.

No hay tiempo de gemir
ni se sabe cómo—
porque del fondo de la tierra debemos extraer
la Esperanza.

¿Qué sabes tú del mar batiendo preguntas
y recriminaciones
ahora que hasta los faroles añoran el suicidio
y el único acto de bravura es la renunciación?

La distancia está fuera de mí;
y un vacío se impone.

¿Qué se hace?
¿Qué se hace cuando te has vuelto
un emigrante de ti mismo?

¿Qué camino, qué perdón, suceden a esta posibilidad?

Me abraza el consuelo de un absoluto.

¿Cómo seguir la marcha?
—Susurro y observo—.

La fetidez brota de raros sustentos

esparcidos por las costas.
Y yo solo quisiera saber dónde empieza todo,
¿en mis pasos,
en la lengua oxidada de los videntes,
en las tribulaciones,
en las estrías que provoca la indolencia,
en mi rosa estrangulada o en mi quieto rincón,
en los gritos y las maldiciones,
en la costura de los muros,
en el sueño, o en el reloj?

Es extraño. Escucho vida en los espíritus.
Quizás solo he existido en ellos.

Y de mi alma brotan libélulas negras.

No hay oasis
en este desierto. Luz,
acércate,
cobija lo que está a punto de ser administrado
por la muerte.

Yo enciendo un fósforo en mi garganta.

Debo avanzar,
pulir el camino.
Lo que se anquilosa genera tumores
que luego nadie quiere ver al descubierta.

Es difícil.
Avanzar.
Pero estamos juntos
y nuestras manos se necesitan
sin conocer la disminución.

Alzo un poco el candelabro
—que sirve todavía—,
para colocar un ladrillo sobre otro.

Aquí germina lo que antecede a la llama.

Los incrédulos,
los que desdeñan el lecho de sus madres,
también tienen espacio en la reconciliación.

A fin de cuentas, todos hemos sido bautizados
y los patios esperan el inicio de la nueva hermandad.
La ternura podrá enroscarse
en los vacíos del desprecio
pues los poderes
caerán por su propia pequeñez.

Y es que nunca ha sido fértil el poder, sino el goce.

Así que basta de ríos coléricos.
Basta, acidez de mi sangre.

Déjame ver, imploro,
y apareces tú,
y te recuestas al refrigerador heredado de mi abuela.

—¡Cuidado!

Aún debo custodiarlo
como se hace con las cosas
que se deslizan por lo venerable.
—El refrigerador no se desliza,
pero su presencia, sí—.

Me alegra verte cada vez que tiemblo.
Nunca te ocultas.
Eres constante
y te recibo como a las azucenas y los nardos,
porque al expandirme me quiebro
y algunas sustancias ruedan.

Las miro como todo lo que es nocivo atrapar.

Está naciendo una luna,
y su soledad es tan voluminosa como la mía.

Hay momentos en que el Este y el Oeste
son la misma soledad.

No sé si vivimos en el sueño;
pero esta es mi Raíz.

Lo saben el signo inquebrantable encima de mis ojos
y las madres que reparan objetos.

—Nárrame una historia antes de dormir.

Mi Padre disminuye la intensidad del bombillo
y entramos en el paraíso.
¿Cuál?
Todos me han hecho dichosa.
Ha sido una alegría sin fin
que penas y vanas ilusiones hayan rodado
por mi boca.

Y esta única gloria es el reflector que alumbra
las cosas que solo pueden verse
cuando la lluvia nace para bautizar los cuerpos.

Otra vez la lluvia como una liberación
del mundo efímero,
una melancolía ceremonial,
un absoluto que siembra la ruta,
un extracto de infinito que derrama cierto dios.

La lluvia que rueda por los pequeños cerros
desciende y se enrosca
en los cimientos,
y arrastra una caja de cartón.

La lluvia que borra la raya que limita,
bendice las frentes,
los sueños,
las sirenas de las ambulancias,
el pavimento,
la carencia sostenida.
Y el amor.

La lluvia sobre un año nuevo,
los perfiles,
y una mujer sentada al borde del mar
con el aire en toda la fuerza humana disminuido.

Una mujer que ve más allá de las brumas
lo que ha sido, felizmente,
con la mano sobre el corazón
del universo que vuela y se abrasa.

—Es hermoso.
Dice ella, y la lluvia se detiene.

Yo también.



ÍNDICE

Memoria

9



Este libro se terminó
el día 25 de diciembre de 2021.



Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.

E-Mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2021)

Colección Betania de Poesía:

La novia de Lázaro, de Dulce María Loynaz.

Voluntad de Vivir Manifestándose y Leprosorio (Trilogía Poética), de Reinaldo Arenas.

Piranese, de Pierre Seghers. Traducción de Ana Rosa Núñez.

13 Poemas, de José Mario.

Venías, de Roberto Valero.

Un caduco calendario, La luz bajo sospecha y Érase una vez una anciana, de Pancho Vives.

Confesiones eróticas y otros hechizos, de Daína Chaviano.

Oscuridad Divina, Polvo de Ángel y Autorretrato en ojo ajeno, de Carlota Caulfield.

Hermana, Hemos llegado a Ilión, Hermana/Sister, Dos mujeres, Volver y Hemos llegado a Ilión (1ª y 2ª edición) y Amor fatal, de Magali Alabau.

Altazora acompañando a Vicente, Merla y Quemando Luces, de Maya Islas.

Delirio del desarraigo (1ª y 2ª ed.), *Psicalgia/Psychalgie (1º y 2ª ed.)*, de Juan José Cantón y Cantón.

Noser y Sin una canción desesperada, de Mario G. Beruvides.

Los Hilos del Tapiz y La Resaca del Absurdo, de David Lago González.

Blanca Aldaba Preludia, de Lourdes Gil.

Tropel de espejos, de Iraida Iturralde.

Puntos de apoyo y Soledades, de Pablo Medina.

Hasta agotar el éxtasis, de María Victoria Reyzábal.

Señales para hallar ese extraño animal en el que habito, de Osvaldo R. Sabino.

Leyenda de una noche del Caribe, Vigil / Sor Juana Inés / Martí, Bajel último y otras obras y Calles de la tarde, de Antonio Giraudir.

Cuaderno de Antinoo, de Alberto Lauro.

Poesía desde el paraíso, Cosas sagradas y Resaca de nadas y silencios, de Orlando Fondevila.

Memoria de mí, de Orlando Rosardi.

Equivocaciones, de Gustavo Pérez Firmat.

Fiesta socrática, Versos como amigos y Los silencios del rapsoda, de Florence L. Yudin.

Hambre de pez, de Luis Marcelino Gómez.

Juan de la Cruz más cerca, Batiburrillo y Canciones y Ocurrencias y más canciones, de José Puga Martínez.

Cuerpo divinamente humano (1ª, 2ª ed.), Vidas de Gulliver (1ª, 2ª y 3ª ed.) La mano del hijo pródigo, de León de la Hoz.

Hombre familiar o Monólogo de las Confesiones y Bajó lámparas festivas, de Ismael Sombra Haber.

Mitologías, de María Elena Blanco.

Entero lugar, Íntimo color, Ángeles y peces: Los mitos y el misterio, de Laura Ymayo Tartakoff.

La Ciudad Muerta de Korad, de Oscar Hurtado.

No hay fronteras ni estoy lejos;... Se ríe de esquina peligrosa, ¿Qué porcentaje de erotismo tiene tu saliva?, Una cruz de ceniza en el aliento, Que un gallo me cante para morir en colores;... Y se te morirán las manos vírgenes de mí, No sé si soy de agua o de tu ausencia, La cadena perpetua de nunca olvidarte, Le puse alas al mar para que viniera a verme, Cuando el mundo se afeitó la tristeza, Ciudadano de un archipiélago de ternura, La isla que me llamaré siempre, Perdido en la placenta del tiempo, Las entrañas de la duda, de Roberto Cazorla.

Oasis, de José Ángel Buesa.

Versos sencillos, de José Martí.

Voces que dictan y Reinenciones. Poesía desde el pensamiento, pensamiento desde la poesía, de Eugenio A. Angulo.

Tantra Tanka y Las estaciones de Aristides Falcón Paradí.

La casa amanecida, El invitado y Amadoro de José López Sánchez-Varos (Pepe Varos).

Sombras imaginarias, Vigilia del aliento y Sigo zurciendo las medias de mi hijo, de Arminda Valdés-Ginebra.

De_Dos que el amor conocen, de Pedro Flores y Lidia Machado.

Rosas sobre el cemento (Poemario de la primera mitad del siglo), de Carlos Pérez Casas.

Catavientos, de Lola Martínez.

País de agua, de Carlos E. Cenzano.

Desde los límites del Paraíso y Alicia en el Catálogo de Ikea-La noche de Europa, de José Manuel Sevilla.

En las regiones del dios Pan, de Carlos Miguel González Garrido.

La flauta del embaucador, de Eduarda Lillo Moro.

Madona, de Jaume Mesquida.

Poemas a ese otro amor, Desencuentros, Símpatos, Sentimientos y Huellas, de Víctor Monserrat.

Los vencidos, de Joaquín Ortega Parra.

El viaje de los elegidos, de Joaquín Gálvez.

Una suma de frágiles combates, de Lucía Ballester.

Lo común de las cosas, de Ricardo Riverón Rojas.

Melodías de mujer, de Joely R. Villalba.
La guadaña de oro y Jesús, tú eres mi alegría y El hotel de los lunes, de José Villacís.
Amaos los unos a los otros, de Oscar Piñera Arenas.
Numeritos y palabras, de Roberto Ferrer.
Afuera, de Camilo Venegas.
Vendedor de espejos, de Eliecer Barreto Aguilera.
Hasta el presente (Poesía casi completa) y Otro fuego a liturgia, de Alina Galliano.
Fugitiva del tiempo, de Emilia Currás.
Cuba, sirena dormida, Refranero español de décimas y Hontanar. Antología de décimas, de Evelio Domínguez.
La memoria donde ardía, de Olga Guadalupe.
Contemplación. Thoughts and Poems, de Ileana González Monserrat.
Tribunal de sombras, de Guillermo Arango.
Las palabras viajeras y Visiones de mujer con alas, de Aimée G. Bolaños.
Cuba en verso: la isla entre rejas, de Ada Bezos Castilla.
Adán en el estanque, de Yoandy Cabrera.
Lenguaje de mudos, de Delfin Prats.
Vida ensombrecida, de Eugenia Muñoz.
El duende (Poemas y cuentos) y Heridas (Poemas), de Víctor Reynaldo Marrero Pérez.
Los poetas nunca pecan demasiado, de Manuel A. López.
El centeno que corta el aire, de Margarita García Alonso.
El libro de las conversiones imaginarias, de Jorge Luis Arcos.
La casa de mis abuelos (Poemas y cartas), de Castor González Madrazo.
Los poemas de Suecia / The Sweden Poems, de Oliver Welden.
Cuba: Poema mitológico, de Guillermo Rodríguez Rivera.
Los cristales que te hincan, de Lina de Feria.
El ángel o la bestia, de Tamara G. Méndez Balbuena.
El ojo de la gaviota y Los cuervos y la infamia, de Félix Anesio..
Sepia, de Ena Columbié.
Cierro mis ojos y escribo estos poemas, de Alberto Muller.
Copos en la piel, de Carlos I. Naranjo.
Rimas del alma. Observando el mundo, de Carlos M. Taracido.
Tabla de salvación, de Lilliam Moro.
Primer Labio, de María José Mures.
Homenaje a la Tierra, de Rubí Arana.
Neblina, de Salomon Montaguth.
Multiverso infinito, de Zalbidea Paniagua.
Libertad y familia, de Leoncio V. Rodríguez.
Ferocidad: Los años sucios, de Luis García de la Torre.
Cartas a mi madre, de Luis Rafael.
Anti-nocturnos del Caribe, de Jorge Gabriel M. Vera.
Lo ojos de Lizzy, de Mayda Silva.
Memoria, de Laura Domingo Agüero.



Laura Domingo Agüero
(La Habana, 1985).

Escritora y coreógrafa. Egresada del Instituto Superior de Arte (ISA) de La Habana. Ha sido reconocida en concursos nacionales y extranjeros.

Es autora de *De invocaciones y otros límites* (Proyecto Literal, México, 2014 / Colección

Sur Editores, Cuba, 2015 / Editorial Guantanamera, España, 2016) y *País sobre las aguas* (Ediciones Sed de Belleza, Cuba, 2019 / Lebeg Edizioni, Italia, 2021).

Ha montado coreografías para el Ballet Nacional de Cuba, Danza Contemporánea de Cuba, así como para otras compañías danzarias y teatrales de Colombia, México e Italia.



9 788480 174442 >

editorial **BETANIA**

Colección BETANIA de Poesía